

con la misma benignidad con que escurre los nublados sobre los surcos. Las vidas humanas no valen sino por lo que resulta de su sacrificio, como los granos de incienso.»

Y este Vargas Orozco tiene frases lapidarias, profundas, como de hombre que vive con el fondo del alma. Así, cuando dice Ramiro, hablándole de sus antepasados:

«Miradles sucederse, desde tiempos remotísimos, ligados como vértebras y traspasándose unos á otros ese tuétano de la honra que agora se alberga en vos mismo.»

Esta frase, aunque en fisiología resulte absurda, pues las vértebras—palabra que no sé si habría empleado Vargas Orozco—no se tras pasan tuétano unas á otras, es una frase de brío.

Cuando en algunos de los pasajes de *La gloria de Don Ramiro* se habla de la vanidad de las glorias y dichas mundanas, de la terrible realidad de la muerte, de cómo se pasa la vida, de este «castillo de cañas para el fuego de la muerte», de que «cualquier frágil baratija dura más que su dueño», se siente un eco de nuestros antiguos y admirables escritores ascéticos. ¿Es que Larreta los ha estudiado? Sin duda, y bien se conoce en su libro la lectura que de ellos ha hecho. Pero creo que es más, y es que, además de haberlos leído, los ha sentido, y no podía haberlos sentido de tal modo si no llevase dentro de sí algo del alma que ellos llevaron por el mundo y por la vida.

No las ideas, pues éstas es fácil remedar, sino el calor íntimo, el calor de expresión y estilo con que están expresadas las de Vargas Orozco, suponen una compenetración con ellas,

que dudo pueda dar ni el estudio ni tan sólo el arte.

Una vida en tiempos de Felipe II, lleva por subtítulo la novela histórica de Larreta, y una vez aparece en ella el rey Felipe, «el monarca más poderoso de la tierra, el rey taciturno y papelero, sentado en una silla frailuna, con una pierna extendida sobre un taburete y el codo apoyado en una tosca mesa de roble, anotando sin cesar, con su propia mano, pilas «normes de documentos». «No se oía en la estancia otro murmullo que el rasguear incesante de las péñolas sobre el papel.»

Precisamente, en los días en que leía la novela de Larreta, leía también el libro de historia, ya clásico, de Motley, sobre la formación de la República de Holanda (*The rise of the dutch Republic*), y podía darme cuenta de cuanto esto de no oírse sino el rasguear incesante de las péñolas sobre el papel significa.

Poco después estuve en Simancas, y allí corroboré lo que ya se sabe, y es, cuán papelero era Felipe II, aquel feroz grafómano, que llenaba las márgenes de las comunicaciones y escritos de notas de toda clase, no pocas veces de una simplicidad y hasta necedad notorias. La cuestión era marginarlos con notas.

El resto de la escena en que aparece ante el terrible monarca, á quien todas las interesadas y sofisticas apologías no han logrado rehabilitar, el pobre don Alfonso, paréceme de mano maestra. Alguien dirá acaso que es el Felipe II de la leyenda; pero es que el otro, el de la contraleyenda, me parece más legendario aún. Las justicias de la Historia son casi siempre irrevocables.

Y volviendo á la novela de Larreta, cúmpleme decir que uno de sus mayores aciertos me parece es el de haber puesto lo principal de su acción en la nobilísima y castellanísima ciudad de Avila, en Avila de los Caballeros, en Avila de los Santos. Hablemos, pues, de Avila.

Pero esto he de dejarlo para otro artículo.

Salamanca, Marzo de 1909.

AVILA DE LOS CABALLEROS

Acierto, en efecto, como os decía, y uno de los mayores aciertos de Enrique Larreta en su novela histórica *La gloria de don Ramiro*, es el haber puesto la acción de ella en Avila, en Avila de los Caballeros, en Avila de los Santos, en la ciudad caballerisca y monacal.

Dos veces he estado en Avila, la última hace aún muy pocos meses, y más veces aún pienso ir á ella. Su visión la llevo pegada al fondo del alma, la visión espléndida de la cuna terrenal de Santa Teresa de Jesús.

Hay unas cuantas ciudades que se han ido llevando en España la atención de los visitantes y curiosos, más por hermosuras de apariencia y vistosas que por recogido encanto, y otras por la facilidad de su acceso. Granada, Sevilla, Burgos, Toledo... Otras sólo figuran en segundo término, y algunas de las más interesantes apenas si merecen mención. Y, en cambio, hay muchos á quienes les encanta San Sebastián, esa trivialísima San Sebastián, muy limpia, muy linda, muy bien adobada, muy alegre, muy hospitalaria y muy insignificante. Pero, en fin, ha de haber para todos los gus-

tos, y no es cosa de quitar á los tenderos enriquecidos los encantos del Gran Casino Easense.

En el aspecto íntimo del arte, para el que busca sensaciones profundas, para el que tiene el espíritu preparado á recibir la más honda revelación de la historia eterna, os digo que lo mejor de España es Castilla, y en Castilla pocas ciudades, si es que alguna, superior á Avila. Váyase á Sevilla, váyase á Valencia, el que quiera divertirse ó distraerse el ánimo, el que quiera matar unos días viviendo con la sobrehaz del alma; pero el que quiera columbrar lo que pudo antaño haber sido, vivir con el fondo del alma, ése que vaya á Avila, que venga también á Salamanca.

Lo primero que echará de ver en Avila serán sus murallas, aquellas recias murallas, con sus grandes cubos, que la convierten en fortaleza y en convento, y que impidiéndole crecer y ensancharse por tierra, hacia los lados, parece como que la obligan á mirar al cielo. La catedral misma, aquella su hermosísima catedral, está adherida orgánicamente á la muralla; su ábside es uno de los cubos ó torreones de ésta.

Leyendo el libro de *Las Moradas*, de Santa Teresa de Jesús, al punto se le ocurre pensar á quien haya estado en Avila que todo aquello de los castillos del alma no pudo ocurrirsele á la santa sino al encanto de la visión de su ciudad nativa.

Nunca olvidaré la tarde, fué en Noviembre pasado, en que desde uno de los torreones de las murallas de Avila contemplaba la catedral y la basilica de San Vicente, y cómo sentía entonces henchida mi alma de aliento de eterni-

dad, de jugo permanente de la Historia. No quiero describiros aquello; las descripciones son casi siempre una de las mayores calamidades literarias, y el descripcionismo suele ser de ordinario señal clara de decadencia artística. Es, además, cosa de receta, que se aprende con facilidad.

Pero si quiero trasladar aquí, porque no es descripción, lo que Larreta dice de Avila al final del primer capítulo de su novela: «El sol acababa de ocultarse, y blanda, lentamente, las parroquias tocaban las oraciones. Era un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas gemebundas en el callado crepúsculo. Hibiérase dicho que la ciudad se hacia toda sonora, metálica, vibrante, y ascendía entera hacia los cielos, milagrosamente, en el vuelo de su plegaria».

Y así es; esa ciudad de Avila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad.

Sus murallas parecen clausurarla cerrándola del mundo.

Y aquel valle de Amblés, aquel hermosísimo valle de Amblés, lección de serenidad y de recogimiento á la par, aquel genuino paisaje castellano. Y como en uno de mis libros (*En torno al casticismo*) he disertado largamente sobre el paisaje de Castilla y su valor espiritual, no quiero aquí ahora repetirme.

«Paisaje de una coloración austera—dice Larreta del valle de Amblés—, sequiza, mineral, donde el sol reverberaba extensamente. Paisaje huraño y apacible como el alma de un monje.»

Huraño y apacible, sí; no os choque el ayuntamiento de esos dos epítetos, que á primera vista parecen repelerse mutuamente. Huraño y apacible; esta conjunción es un acierto. Huraño es el paisaje castellano, sin duda, pero de una hurañez que aquieta, que apacigua al alma después de exaltarla, apacible.

*Campos desnudos como el alma mía,
que ni la flor ni el árbol engalana,
ceñudos al nacer de la mañana,
ceñudos al morir del breve día,*

que cantó García Tassara en un admirable soneto. Campos para vivir en ellos con el fondo del alma, con el alma desnuda, como están desnudos los campos y desnudo está el cielo que los cubre.

Y en esta Avila, en esta Avila de los Caballeros y de los Santos, es donde Larreta hace nacer y formarse y vivir á su don Ramiro, en esta Avila caballeresca y monacal. Y fúndense en ella lo caballeresco y lo monacal, como en nuestra vieja España se fundieron. ¿No fueron acaso hermanos del alma Don Quijote de la Mancha y San Ignacio de Loyola? (Acaso alguien, recordando mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, donde ese cotejo me proporciona episodios y no más que episodios, diga que esta es una manía que me obstino en sostener.) ¿No empezó Santa Teresa prendándose de los libros de caballerías? ¿No se llamó acaso á la santidad á la española caballería á lo divino?

Sí, ímpetu y arrestos caballerescos es lo que á tantas almas les llevó á buscar la santidad en España, y fué la vida de mortificación una empresa caballeresca.

«La continua plegaria, el total desprecio del mundo y, sobre todo, las arduas é ingenuas penitencias que se impuso—escribe Larreta—, le hicieron conocer el inefable orgullo de la santidad, orgullo grandioso que le dilataba el alma infinitamente, y le alzaba con sublime vuelo sobre las miserias del hombre. Se comparó á los admirables anacoretas de la Tebaida, y tuvo por seguro que, en los tiempos venideros, su historia sería leída en hogares y refectorios para edificación de las almas.»

El orgullo de la santidad, sí, y si se quiere el orgullo de la humildad, y no se escandalice por eso el lector piadoso y timorato. Recordad que uno de los primeros y más piadosos biógrafos de San Francisco de Asís atribuye al «pobrecito»—«poverello»— esta frase: «Veréis cómo un día seré adorado por el mundo todo».

El orgullo de la humildad, tal es el escollo en que van á dar los más grandes santos. Por algo dijo San Bernardo que el verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso. ¿Mas es eso posible? ¿Cabe evitar el orgullo de la humildad cuando uno se propone ser humilde, y no lo es sencillamente porque sí, porque lo es, porque le brota de dentro el serlo?

Y don Ramiro no era ciertamente humilde, mayormente no conociendo el infamante misterio de su nacimiento, ignorando que era hijo de morisco.

Y este Don Ramiro conoció en Avila los arrobamientos y las violencias del amor y las voluptuosidades de la carne pecadora. ¿Es que

hay acaso ambientes más intimamente eróticos que los de estas viejas ciudades caballerescas y monacales, donde no hay sino ascender al cielo ó hundirse en tierra? Recordad aquella *Brujas la Muerta*, de Rodenbach. Allí, en Avila, la de los Caballeros y los Santos, Ramiro «unas veces miraba hacia el vecino jardín sumergido en tenebroso y perfumado silencio; otras levantaba el rostro y las pupilas hacia la altura. Nada exaltaba su pasión como el suntuoso misterio de los astros».

Yo he contemplado, y con una cierta mezcla de arrobamiento y de temor, en Avila, desde la muralla, uno de esos jardines adosados á ésta, jardines misteriosos y enjaulados, sumergidos en tenebroso y perfumado silencio. Era al caer de las hojas y al caer de la tarde. Y yo me he pasado, no precisamente en Avila, pero sí en la villa de Ledesma, horas enteras de duración pura, horas de eternidad y de silencio, contemplando el «suntuoso misterio de los astros»—¡hermosa frase, de verdad!—y viendo al girar de la bóveda infinita bajar la estrella del extremo del Carro á tocar en el campanario de la iglesia.

En esta Avila, de jardines tenebrosos y perfumados y de cielo suntuosamente misterioso; en esta Avila, entre casas señoriales y conventos, sintió Ramiro los aguijonazos del deseo y de la pasión. Y allí sintió también, como fruto y rechazo de sus deseos y de su pasión, el sentimiento de la vanidad del mundo.

¿Es que este sentimiento no surge, ante todo y sobre todo, de los desengaños de la pasión amorosa ó de los hartazgos del deseo carnal?

«Leía Ramiro el libro que sobre la vanidad

del mundo escribió aquel inflamado varón que se llamó Fray Diego de Estella, y lo leía en Avila, y en uno de esos días de invierno en que el alma se siente apartadiza y doméstica, y todo el ser se arrellana en su propio egoísmo.» Conozco estos días, y los debe de conocer Larreta; ¡quien no ha pasado por ellos no puede describirlos así! «¡Cuán mágico sentido toman entonces las cuatro paredes del aposento, entre las cuales el continuo soñar ha ido adhiriendo á las cosas compañeras una confianza indefinida, y algo como nuestro propio dejo espiritual!» Así, así esto es muy exacto, esto es de una profunda verdad sentida. Y lo escribo ahora en la solemne calma y en el preñado silencio de la caída de la tarde de este día de fin de invierno, en esta mi celda de trabajo y en esta encantada Salamanca; aquí, entre mis libros compañeros, donde ha quedado y quedará cuando yo me muera algo del dejo de mi espíritu. ¿Qué saben de estas cosas los que no tienen casa, verdadera casa, ó los que no saben vivir sino al aire libre, en la calle ó en el campo, donde el ámbito nos derrite el alma y se nos lleva el dejo de ella?

Y sin embargo de ser una ciudad como Avila—ó como Salamanca—un verdadero hogar para el alma, una ciudad que recibe y conserva el dejo del espíritu, llegó Ramiro á sentir asco por ella, asco «de aquel ruin lugar, como le llamara en cierto instante de tedio el mismo don Alonso». Y prosigue: «Ciudad-cárcel, según él, donde la holganza enmohecía los ánimos más nobles, donde la excesiva proximidad de los mismos orgullos hacía germinar rivalidades monstruosas; donde se vivía bajo un

continuo espionaje, y cada rendija tenía una mirada, cada colgadura un oído, cada soplo una lengua; donde todo impulso generoso topaba con muros más agobiantes que los que retajaban el escaso recinto de la ciudad, y donde, en fin, sólo podían librarse del desengaño y del hastío aquellos que tenían el ala asaz nervuda para tender á cada momento su vuelo hacia Dios. Ahora comprendía el abandono que iban haciendo de sus moradas tantos caballeros, para irse á vivir á la corte ó á buscar fortuna y honra en Flandes, en Italia, en las Indias».

¡A la tetilla! Tal es, en efecto, el interior moral de estas viejas ciudades-conventos, donde la soledad y el hogar son tan dulces y tan fecundos, donde tanto nos dice el ambiente callado, el lenguaje de las piedras doradas por los siglos, pero donde el trato humano está, por lo general, envenenado de envidia. ¡La envidia! he aquí el terrible enemigo de la vida apacible de estas ciudades, he aquí el inevitable secuaz de la holganza caballeresca y de la holganza monacal.

Y luego Ramiro, «á fuerza de meditar en su propia situación, asaltóle un pensamiento irresistible: probar la suerte, someter todo el oro que había recibido de los usureros al azar de un instante».

¡A la tetilla otra vez! Porque el juego es otro de los azotes de estas calladas y recogidas viejas ciudades. En ellas encontraréis avaros—la avaricia es hermana gemela de la envidia—y jugadores. El dinero, ó lo guardan bajo un ladrillo ó lo ponen á una carta.

No hay, creo, como estas viejas ciudades

provincianas, perinchidas de historia y de poesía íntima, para el que sepa no dejarse ganar de las arteras insinuaciones del trato humano en ellas: no hay como estas ciudades para el que acierte á saber aislarse y gozar de la soledad, yendo de tiempo en tiempo á bañarse en campo libre ó á buscar el breve comercio de otras gentes. Para el huésped de poco tiempo es halago.

Y ahora renuncio á contaros la trágica historia de la vida de don Ramiro, tormentosa y brava como lo eran á menudo las vidas de aquellos nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII, cuando se vivía acaso más con el fondo del alma, pero más con el alma al desnudo también.

No fueron, de cierto, siglos de hipocresía; más bien lo fueron de cinismo. Hoy nos horrorizan las cosas que en relato de su propia vida nos dejó contadas aquel turbulento y bravo Benvenuto Cellini, ¿pero somos mejores? ¿Somos mejores que aquellos hombres del Renacimiento que daban suelta, á la luz meridiana y á los cuatro vientos, á sus indómitas pasiones?

De Benvenuto me acordaba al leer en la escena del desafío entre don Ramiro y don Gonzalo aquel final en que, «al mirar extendido á sus plantas el cuerpo exánime de su rival, Ramiro elevó una breve jaculatoria á la Virgen de la Soterraña. ¡Estaba vengado! La fuente misma del orgullo derramaba ahora por todo su cuerpo un goce inmenso y bravo». Sólo le faltó rezar un Padrenuestro por el eterno descanso del alma de su rival. Y recordad aquí

á Martín Fierro, que también tenía alma española de los viejos tiempos.

Y luego viene aquel terrible pasaje en que Benito estrangula á Beatriz con el cordón de un rosario, después de vaciar de él las cuentas y haberle arrancado con los dientes el crucifijo. Esto acaso es excesivo; esto, tal vez por buscar el efecto, raya en absurdo, pero ¿quién sabe?

Y luego va rodando y se da á ermitaño el penitente y acaba por topar con su padre, para él desconocido como tal, el poderoso morisco que ya una vez le salvó la vida. Y os hago gracia de toda la parte de sus desahogos con la hermosa morisca, la embriagadora, y del auto de fe en que ésta pereció en Toledo á la vista misma de quien fué su gozador y luego su denunciante. De su final en Perú ya os dije en otro artículo.

«Rosa de Santa María arrodillóse piadosamente y murmuró una plegaria por el alma de aquel muerto.

... Y esta fué la gloria de don Ramiro.»

Así acaba la novela histórica de Enrique Larreta. Y así acaban no pocas glorias en el mundo; y menos mal cuando las entierra el responso florecido en los labios puros de una santa virgen.

Una vez más la vanidad de la gloria, esa vanidad que estamos proclamando de continuo los que en lucha tras de la gloria vivimos. Y si la gloria es vanidad, ¿qué otra cosa no lo es también? ¿No es vanidad acaso la modestia y oscuridad de la vida? ¿No es la humildad tan vana como la soberbia? ¿Vanidad de

vanidades y todo vanidad!, que dijo el predicador.

Peró algo queda siempre, y de la vanidad de la gloria de don Ramiro nos ha quedado el libro de Larreta, una obra pensada y sentida, trabajada pacientemente y con esmero. Se ve desde luego que no es una obra de improvisación y de primer impulso, y esto es meritorio. No son de alabar las improvisaciones y las novelas escritas á plazo fijo.

Está bien, muy bien, que un literato escriba una ó varias novelas cuando tiene algo que contar en ellas, pero es cosa terrible cuando se convierte en novelista de profesión, en fabricante de novelas. Suele ser efecto del pícaro lucro. Me dirán que Balzac, Dickens, Walter Scott, etc., fueron novelistas profesionales; pero yo diré que, en general, prefiero las novelas de aquellos que han escrito pocas. Y, sobre todo, prefiero las novelas de los poetas. En literatura y arte no me infunden gran confianza la diferenciación del trabajo y el especialismo. Y basta de digresiones.

Cuando vuelva á Avila, que he de volver, buscaré allí las huellas y el dejo espirituales de don Ramiro.

Salamanca, Marzo de 1909.

EXCURSION

Días antes de venir á descansar á este mi pueblo, á principios de Julio, hice con unos amigos una correría por tierras de Avila, faldeando la brava sierra de Gredos; y días después de llegar acá, volví á hacer, con otros amigos, otra correría por tierras de la montaña de Santander, ascendiendo al Castro de Valnera, bajando al valle de Pas y rematando por fin en la histórica Santillana del Mar.

Estas excursiones no son sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego á la patria. Por razones de patriotismo debería fomentarse y favorecerse las sociedades de excursionistas, los clubs alpinos y toda asociación análoga.

España, se ha dicho muchas veces, está por conocer para los españoles. Y lo que con España pasa, supongo pasará en otros pueblos. Hay aquí, en Bilbao, por ejemplo, aunque cada vez menos; hay en Barcelona no pocos que, sin conocer el resto de España, sin haber viajado por ella, sin haber visitado rincones, llenos de historia, de leyenda, de poesía y de

paz, de Castilla, Aragón, Extremadura ó Andalucía, se han ido á viajar por Francia, Italia ó Alemania. Y ahí supongo os pasará lo mismo, y es que habrá no pocos jóvenes argentinos que, sin haber visitado las hermosuras y maravillas del suelo patrio, se apresurarán á correr á París, á Roma ó á Madrid. Es casi seguro que un joven bonaerense ansía más conocer á Versalles que los saltos del Iguazú.

Se habla á esto—aquí por lo menos— de dificultades de locomoción, de malos alojamientos, de molestias; pero todo esto, sobre ser, cuando no falso, exagerado, no pasa de pretextos. Y además, « á quien algo quiere, algo le cuesta », dice el refrán. Los trenes expresos y de lujo, los hoteles confortables, han enmolecido á las gentes, sin que por eso resulten muy gratos. Por mi parte me llevan los demonios cada vez que oigo á uno de esos insupportables petimetres de moquero perfumado y que se han hecho una cabeza en colaboración con el peluquero, quejarse de las comidas, de los trenes, ó de las camas. Todo eso es pedantería, y los más de ellos no vivirán mejor en sus casas.

Ventaja y grande es de las excursiones que preconizo, la de aprender á acostumbrarse á todo y dejar melindres. Con ello bastaría. Pocas veces he gozado más que cierto día en que llevamos á una montaña á uno de esos señoritos de café, y le vi sudar la gota gorda, dejarse caer á mitad de la falda por falta de aliento, descomponérsele la pelambreira y correrle por la cara gotas de cosmético y tener luego que beber echado de bruces, boca al sue-

lo. Y para fin de fiesta se le quemó toda la cara por el sol y cambió de pelaje.

Mas con ser una ventaja de estas excursiones la de hacerse á todo, tienen otra mayor cuando son dentro de la propia patria, y es que, como dije, enseñan á quererla. Cóbrase en tales ejercicios y visiones ternura para con la tierra, siéntese la hermandad con los árboles, con las rocas, con los ríos; se siente que son de nuestra raza también, que son españoles. Las cosas hacen la patria tanto ó más que los hombres. Visitando Yuste el año pasado, visitando después Guadalupe, sentí primero toda la épica melancolía del ocaso del imperio de Carlos I, y sentí después toda la íntima fuerza de aquel anhelo que lanzó á la recién descubierta América á tantos aventureros extremeños que iban, antes de entregarse al mar, á Guadalupe á despedir á la patria encarnada en aquella Virgen negra.

Siempre que oigo del ardiente patriotismo de Castelar, de aquel culto apasionado que profesó á España—¿quién sabe si por eso permaneció célibe, por no distraer ese amor con otro?—, se me ocurre que aquel hombre, aquel gran español, fué uno de los que mejor conocieron de vista su patria, de los que más viajaron por ella. Apenas hay rincón adonde vaya, lugarejo que retenga algo de historia ó de leyenda, en que no oiga decir: aquí estuvo Castelar. Apenas hay álbum de esos que se ponen en monumentos y lugares curiosos en que la firma de Castelar no aparezca.

Otro hombre que entre nosotros tuvo también esta pasión fué Cánovas. Cuando fui á visitar la antiquísima iglesia de San Pedro de

la Nave, á unos veinte kilómetros de Zamora, en la hoz del Esla, lugar desconocido y remoto, me encontré con que había estado allí Cánovas.

Para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma—lo que llamamos su alma—, lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo, su tierra. Y os aseguro que pocos países habrá en Europa en que se pueda gozar de una mayor variedad de paisajes que en España. Costas llanas y mansas y costas bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas... de todo, en fin.

Pero es preciso salirse de las grandes rutas ferroviarias por donde circulan los turistas deportivos, Baedeker en mano, que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel, ni saben comer sino con una cualquiera de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago á todos los tontos, y una comida internacional, que es la peor de las comidas. Para estos desgraciados, unas horas de diligencia, de carro, á caballo, en burro, y nada digo á pie, son el peor tormento. Esos pobres jamás conocerán el mundo.

Mientras viva me quedará recuerdo de mi correría por las faldas de Gredos y de la otra á través de la montaña cántabra.

Es un encanto, saliendo de Béjar, divisar primero la torre de Becedas, dar vista al Tormes, al río mismo á cuya vera vivo, y verlo cuando fresco y rumoroso acaba de nacer de las aguas de las rocas y cruza bajo su primera horca caudina el puente del Barco de Avila,

vigilado por las ruinas de su castillo. El Barco, villa riente que convida á quedarse allí para ir dejando resbalar la vida como resbalar las aguas de su río. Y luego se os aparece Piedrahita, y en ella las solemnes ruinas del palacio de los duques de Alba, palacio que debió de ser un pequeño Versalles, de maravillosa perfección constructiva, de estilo francés y que las gentes del pueblo destruyeron hace un siglo por tener al duque como afrancesado. Y más adelante torcer el camino, subir al portillo del Pico, atravesar el paradisíaco valle del Barranco é ir á descansar en Arenas de San Pedro, al pie de los picos de Gredos. De allí fuimos á Avila, á la milagrosa ciudad de Avila, la de los caballeros, la de los santos, de que tan egregiamente os ha hablado Enrique Larreta en su *La gloria de Don Ramiro*.

Una vez más reposé mis ojos, cansados de leer inepcias, en las serenas líneas de San Pedro, de San Vicente, de la catedral; una vez más aquieté mi pecho en el ábside de esta última, entre las rojas columnas, en aquel soto de misterio místico por donde erró Santa Teresa. Y de Avila á Segovia, Segovia la pintoresca, la panorámica hermana de Salamanca.

Pocos días después de esta inolvidable excursión me vine acá, á mi nativa tierra vasca, á refrescar el cuerpo en brisas de mi infancia y mi juventud y, en recuerdo de ellas, refrescar mi espíritu. Y estando ya aquí, nueva excursión á tierras de la Montaña.

Cruzando el hermosísimo valle de Mena, ancho y sereno, á Espinosa de los Monteros, que á la caída de la tarde de un día de fines

de julio era una visión de paz y de eternidad. Y por allí, por aquel boquete embozado en niebla, á subir al portillo de Trueba. Y luego la ascensión al Castro de Valnera, á mil seiscientos metros.

Todos los años tengo que hacer alguna ascensión á la montaña, y ya que no pude, como fué mi propósito, dominar los dos mil seiscientos de Gredos, me quedé con este otro.

Poco á poco, sintiendo cómo va ensanchándose y entrenándose el pulmón, probando la resistencia del cuerpo, dándose conciencia de la salud, sudando los humores del gabinete. A trechos un breve alto sobre la hierba, junto á una fuente, y allí un rato de conversación. Con la transpiración y la respiración parece como que uno se funde con el ambiente y se siente hijo de la libre naturaleza. De cuando en cuando una mirada á lo alto... ¡lo que falta aún! Y cuando menos se espera, en la cumbre ya.

En derredor las cimas de las montañas, de las montañas de nueve provincias españolas—inclusas las tres vascas—emergiendo de un mar de niebla, claras y resplandecientes al sol de España. Allí, al pie de nosotros, en el fondo de la quebrada, debajo de un imponente precipicio aguileño, la montaña de Santander, la tierra de los pasiegos, y á lo lejos, entre la bruma que vela el mar, alguna playa, brillando al sol. Todo como en un plano, todo tendido humildemente á nuestros pies. Y nosotros con un mapa en la mano, reconociendo cada lugar, buscando el nombre que los hombres le han dado á cada repliegue de terreno. Se desnuda uno el cuerpo y el sol lo seca

y reconforta, y le seca á la vez la ropa. Y se siente más hombre de la tierra respirando á pecho descubierto el aire de la cumbre.

Luego atravesamos el valle de Pas, todo austero recogimiento, de una paz triste. Praderas de esmeralda, arboledas y entre ellas las cabañas de los pastores pasiegos, que parecen tumbas, con sus techos de pizarra. Una carretera en que crece la hierba que serpentea en revueltas al pie del macizo del lomo de Pas, todo sombra y todo silencio. En el fondo corre el Pas, á que da alguna vez vida una cascada. Es un paisaje musical, pero de música litúrgica, gregoriana, de pocas notas y ellas de órgano. Me acordaba de «Obermann», del enorme Obermann. En el fondo del valle, unas figuritas de hombres y mujeres segaban hierba en los prados.

Se nos abrió luego el valle de Toranzo, y cruzándolo fuimos á dormir á Castañeda. Aquí una vieja colegiata románica, pequeñita, relicario de una tradición muda, que es la sal de esta tierra. Y también estas viejas colegiatas son algo de paisaje, tan del suelo como los castaños. Y dentro de ella, en un altar, el viejo Cristo español, el nuestro, el Cristo berberisco, el que protesta silenciosamente contra toda europeización de escepticismo.

De Castañeda á Santillana del Mar, la villa envuelta en prestigio literario, que á muchos de vosotros os será conocida por Pereda ó por el libro de Ricardo León *Casta de hidalgos*.

La villa de los hidalgos, de las viejas casas solariegas destartaladas y añoradizas, que se tienden al pie de la vieja colegiata. Y en ésta un claustro románico en que los capiteles de

las columnas mellizas hablan de tiempos de una barbarie ingenua en que la guerra era caza. ¡La sugestión de estos viejos claustros en que se cree uno libertado del peso de los siglos!

Al llegar á Torrelavega nos encontramos con un periodista madrileño, que empezó á darnos noticias de los sucesos de Barcelona y de Melilla. ¡El sempiterno suceso! ¡La devoradora actualidad! Todo anecdótico, todo fragmentario, sin que haya modo de sacar substancia ni contenido á nada. ¡Cuánto más no me decían del alma de la patria el sombrío silencio del valle de Pas y la quietud soleada del viejo claustro de la Colegiata de Santillana!

Y ahora, entre las calles de este hormiguero humano de Bilbao, viendo cruzar tranvías y automóviles, y las muchachas coquetamente ataviadas ostentando un calzado fino sobre la brillante humedad del piso, me acuerdo de la majestad de Gredos, de la espléndida visión aguileña del Castro de Valnera, de la paz austera del valle de Pas y del alivio de los siglos en el claustro de Santillana.

¿Qué pueden saber de la patria los que van de ciudad en ciudad, de mesa de hotel en mesa de hotel, durmiendo acaso en un horrible *sleeping-car*, de feria en feria, á ver corridas, á oír comedias, á aburrirse con todo el aparato de la internacionalidad? En mi vida olvidaré una noche en que, durmiendo sobre el santo suelo de mi patria, sobre la tierra misma, en una de las cumbres españolas, me sorprendió antes del alba una tormenta. Viendo ceñir los relámpagos á los picachos de Gredos se me reveló el Dios de mi patria, el Dios de

España, como Jehová se les reveló á los israelitas tronando y relampagueando en las cimas del Sinaí. La revelación de Dios baja de las montañas.

*Cumbres de Guadarrama y de Fuenfria,
Columnas de la tierra castellana,*

cantó García Tassara en su inmortal soneto. Columnas de mi tierra, columnas que sostenéis su cielo, quien nunca se abrazó á vosotras, ¿cómo va á sentir la patria?

Y yo mismo, ¿cómo podría vivir una vida que merezca vivirse, cómo podría sentir el ritmo vital de mi pensamiento si no me escapara, así que puedo, de la ciudad, á correr por campos y lugares, á comer de lo que comen los pastores, á dormir en cama de pueblo ó sobre la santa tierra, si se tercia? A sacudir, en fin, el polvo de mi biblioteca. Si yo fuera el hombre de libros que me creen los que no me conocen; si yo no anduviera de un sitio á otro, hablando con todo el mundo; si el sol no me hubiese mudado muchas veces la piel de la cara, ¿creéis que podría conservar este caudal de pasión que á las veces se vierte, dicen, en injusticia? No, no ha sido en libros, no ha sido en literatos donde he aprendido á querer á mi patria: ha sido recorriéndola, ha sido visitando devotamente sus rincones.

En todo país deberían preocuparse los que lo rigen y conducen de que sus hijos lo conocieran de visión y de contacto. Si yo fuese argentino y tuviese medios, os aseguro que no emprendería viaje á Europa sin haber antes visitado la región andina de mi tierra, y su país

de la selva, y las maravillas de su naturaleza. No me explico que un argentino vaya á visitar los fiordos de Noruega, no habiendo cruzado antes el estrecho de Magallanes.

Y de nosotros nada os digo. Cuando oigáis hablar á algún español de España con ligereza, informaos si conoce algo más que la aldea ó el lugarejo en que se crió y de donde emigró á América. Hay quien salió jovencito de su pueblecillo—tal vez un pueblecillo costero—sin conocer otra cosa, y os habla luego de España... por lo que lee en los periódicos.

Y ahora voy á cobrar unos días de descanso para emprender alguna otra excursión antes de volver á reanudar mis tareas.

Bilbao, Agosto de 1909.

DE OÑATE A AITZGORRIA

Propuestos á subir al Aitzgorri, caudillo de los gigantes de Guipúzcoa, salimos de aquí, de Bilbao, en dirección á Oñate. Hacia años que no llegaba en mis correrías á la típica villa de Elorrio, y desde Elorrio, teniendo á la vista la desnuda peña de Udala, fuimos subiendo la cuesta de Campanzar. Las hayas se envolvían en niebla recibiendo un terco orvallo. En el alto mismo de la cuesta, en el portillo, una joven pastora, varonil, en esa edad en que empieza á acusarse el sexo, subía entre llovizna, con pie firme, tras unas ovejas. Era toda una vida. Y bajamos á Mondragón.

En Mondragón, mientras descansaban las caballerías, pudimos dar un ligero vistazo al pueblo. Una de estas villas guipuzcoanas que de señoriales están pasando á hacerse industriales. Porque hoy es Guipúzcoa, sin duda alguna, la provincia más industrial de España.

Llegamos á Oñate, á la señorial Oñate, á la caída de la tarde, entre llovizna. La calma de la villa se bañaba en orvallo. Era su más adecuada vestidura, porque el alma de estas villas es un alma húmeda y crepuscular.

A la media luz entramos en aquella iglesia donde allá, en los épicos días de la guerra civil de los siete años (1833-1840), cuando el pretendiente D. Carlos María Isidro hizo de Oñate su corte, resonaron furibundos sermones episcopales contra los cristianos. Las fuertes columnas deben de guardar el añoradizo recuerdo.

En la fresca penumbra del templo yace, como en sepulcro, una España que pudo haber sido y, gracias á Dios Todopoderoso, no fué.

De la iglesia á ver la antigua Universidad de Oñate. ¡Triste despojo! La melancólica soledad del claustro nos habla de lo imposible de ciertas resurrecciones. Hace pocos años aún se intentó resucitar en parte el viejo Instituto, y establecióse una escuela libre de las Facultades de Derecho y Letras. Los estudiantes alegraron y perturbaron por algún tiempo la soñolienta calma de la villa: los cafés no se cerraban, menudeaban las pendencias; los caseiros tuvieron que sufrir alguna vez las intemperancias de la estudiantina. En una de estas pequeñas villas en que haya Universidad ó algo que se le parezca, los estudiantes se creen los amos, y como faltan las distracciones de una vida compleja y rica, dan en el juego, la bebida y el tumulto.

Pasada la noche en una de estas familiares y excelentes fondas de los pueblecitos vascos, y á las seis de la mañana me asomé al balcón. El amanecer de estas villas tiene para mí los más dulces de los recuerdos. Y en efecto, al punto descansaron mis ojos nostálgicamente en la visión de la joven de luto, recogida, de mantilla, que con su devocionario en la mano va á oír

misa. Estas muchachas de nuestros pueblos vascos, sumisas al destino, que van á las primeras misas, me traen al espíritu toda una evocación de callada vida interior, de vida de esperanzas, ya terrenas, ya ultraterrenales. Acaso piensa en el novio y entre las páginas del devocionario lleva su última carta, que leerá una vez más durante la misa, ante el Señor; acaso va á encontrarlo en la iglesia; acaso va á rogar para que la Virgen le envíe propicios vientos al buque que le lleva ó trae, ó que salga bien en sus exámenes de curso; acaso también piensa en el claustro. Y en las noches de invierno, cuando los ojos no ven ya la costura, se pasea con su amiga—generalmente es en parejas—bajo los arcos, y si no hay gente cantan dándose el brazo. Y así se les va la vida hasta que se casan. Si se casan. Y si no se casan ni entran monjas, es la vida melancólica de la solterona de pueblo, encargada de un altar, recogedora de chismes.

Volvimos de mañana á la iglesia, y á ver aquel claustro por donde pasa el río, aquel claustro cuyos muros se miran en el agua eternamente. Es visión como de un pedazo de mar enjaulado. Y luego las casas señoriales, con sus escudos agoreros.

Este Oñate fué una villa de mayorazgos y de generales. Aquellos mayorazgos haraganes y ceremoniosos, de casaca en las procesiones, que se arruinaron por mantener un tren de vida para el que sus rentas no alcanzaban, ó jugando. Los segundones de estas casas ó entraron en la milicia ó se fueron á la América, y de esta raza salieron los Garay y los Irala, aquellos astutos colonizadores y gobernantes.

Astutos, con la noble y dúctil energía del zorro, del noble zorro tan calumniado por tigres, lobos, perros, monos y burros. Hay indudables analogías entre Irala el colonizador y Zumalacárregui el guerrillero, dos nobles zorros vascos. Y nos conviene restaurar el prestigio de estos caballeros, de estos hidalgos de nuestras villas vascongadas, cuando la moda de la rusticidad montesina hace que muchos de mis paisanos tomen á cariño la expresión de vasco burro. No, no, no: hemos tenido zorros, zorros resueltos y valerosos, de los que saben dar caza, como Iñigo de Loyola y Zumalacárregui y Saint-Cyran, el portroyalista.

Y si á uno le da por las letras en este húmedo y crepuscular Oñate, ó en otra villa hermana, ¡qué de largos alegatos, tupidos de maciza erudición, en defensa de esto ó de lo otro! Porque tenemos alma de abogados, ó mejor aún, de escribanos. Cosa que ya sabía Cervantes. Me acuerdo al respecto las vigiliás que empleó mi tío Juan Cruz, el hermano mayor de mi padre, en la villa de Vergara, en querer demostrar que San Martín de la Ascensión, protomártir del Japón, fué natural de Vergara, y se apellidó Aguirre, mientras un señor Dorronsoro, de Beasain, sostenía la causa de esta otra villa, y cómo el santo mártir se apellidó Loiz.

En esas largas noches, y en los días de niebla y lluvia, ¿qué va á hacer uno en esas villas sino buscarles un santo ó desentrañar la historia de sus linajes?

Emprendimos á pie la subida al santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, la de más devoción en Guipúzcoa.

Podría hacerse una especie de psicología de España sin más que estudiar el origen y la vida de sus santuarios. Unos en el fondo de los valles, en fragosos desiertos otros, los más en las cumbres. Los hay locales, del patrón ó patrona de una aldea, villa ó ciudad; los hay regionales, los hay también casi nacionales, y alguno llegó en tiempo á ser internacional.

En la Edad Media, en efecto, era el sepulcro del supuesto apóstol Santiago, en Compostela, de Galicia, centro de peregrinaciones de casi toda Europa, al punto que en cartas alemanas de la época se le llama á España «Jacobsland», la tierra de Santiago. En tiempo de los Austrias fué Guadalupe, en la sierra de Cáceres, el santuario nacional; desde los Borbones lo es el Pilar de Zaragoza. Aquí, en Vizcaya, es Nuestra Señora de Begonia el santuario provincial, y en Guipúzcoa lo es Nuestra Señora de Aránzazu. Y emigran estas Virgenes. En Gijón se venera á la Virgen de Begonia; en Fuenterrabía, á la de Guadalupe.

Ibamos camino arriba pian pianito, entre frondosidades recientemente lavadas por la lluvia. En un adusto repliegue de la montaña se alza el santuario, y junto á él el convento de franciscanos y dos hospederías, una de ellas abandonada. De la vida que allí se puede hacer nos ha contado Salaverría en su novela *La Virgen de Aránzazu*. Leedla.

Allí las ruinas de otro convento que se quemó en las revueltas civiles. Porque este Aránzazu, posada de la Virgen, fué siempre un centro estratégico. Durante la invasión napoleónica, desde allí operaba Jáuregui, á cuyo lado se formó Zumalacárregui. Al amparo del al-

tar de la Virgen meditaban la caza á los franceses. Y fué á sucumbir el guerrillero modelo, á recibir la bala que cortó su vida, al pie de la Virgen de Begoña, sobre Bilbao. De un santuario de Nuestra Señora á otro transcurrió su vida de combatiente.

A la comida no nos pusieron precio: lo que quisiéramos dar como limosna para el santuario. Es la zorrería monacal. Por lo demás, ya es sabido que el sacerdote vive del altar. Nos fuimos sin que el buen fraile que nos obsequió y enseñó el convento, sorprendiéndose de que yo conociera las *Floreillas*, de San Francisco, lograra averiguar quiénes éramos, y hay que ver lo que es burlar la curiosidad frailuna.

Emprendimos la subida á la montaña entre las hayas. El guía nos hablaba de un lobo solitario que había el otro invierno devastado los rebaños. Ibamos poco á poco. Allí arriba está aquel peñasco que hay que faldear, ¿cuánto faltará? Se sube por un cierto sentimiento de honor: hay que vencer al gigante poniéndole el pie sobre la cresta. Poco á poco se va ensanchando el pecho, y el sudor empieza á limpiarle á uno de las saburras de la vida ciudadana. Se habla poco, no más que á ratos en que nos volvemos para ver lo ya subido y cobrar así fuerzas. Por algo suelo yo repetir que no puede tener esperanzas quien no tenga recuerdos. Es el camino recorrido el que nos da fuerzas para recorrer el que falta. ¿Estando á la mitad, á los dos tercios?

¡Qué delicia al dar vista á la campa de Urbía, á aquel verde vallecito de prado, allá, en lo alto, entre peñascos! El pecho respira aire lavado de las alturas, y el espíritu la paz

de aquella soledad alpina. Siente uno el premio de la fatiga. Se bebe de la tierra.

Subían densos nubarrones desde el valle, en tropel. Y todo era cavilar si levantaría ó no el tiempo. Cuando á ratos se descubría, entre los desgarrones de las nubes, algún retazo de azul, se nos levantaba la esperanza.

Llegamos á las cabañas de los pastores, donde habíamos de hacer noche: un pequeño pueblecito improvisado. No les dejan hacer casas estadzizas ni cerrar las cabañas por el invierno, ni cercar terreno alguno. Y allí, entre peñascos y hayas, junto á unos fresnos, se alza el aduar. Un verdadero aduar de rifeños, me figuro.

Así que cierra el otoño se van con sus ovejas á pastos bajos. Muchos de ellos apenas sabían castellano; hasta uno que ha servido en el Ejército, en el Ferrol, lo hablaba pésimamente y acabará casi por olvidarlo.

Me acordé de la frase de Arturo Campión, que el vascuence va subiendo á las alturas y refugiándose en ellas para morir más cerca del cielo.

Allí, entre los pastores, nos acomodamos. En un cobertizo, al amparo de la lluvia, entre humo, empezó uno de mis compañeros, cocinero de vocación, á preparar nuestra cena. Le ayudé á mondar las patatas y le servía de intérprete con la muchacha—una garrida y fresca moza—que nos atendía. Apareció por allí otra muchacha, con una cierta elegancia impropia del lugar, con su cadena al cuello y sombrilla en la mano. Resultó que había estado en Madrid, adonde volvería. Hasta en aquellas alturas la nota exótica, la mancha ciudadana.

A la puesta del sol apareció éste entre nubes y le saludamos esperanzados. Por delante del rojo incendio del ocaso corrían nubes cenicientas, y otras de color de rosa volaban sobre nuestras cabezas. Y con la esperanza de un limpio día venidero, nos metimos en la cabaña, á dormir, tendidos los cuatro, uno junto á otro, en el camastro, á la vera del extinguido fuego. Una noche de absoluta oscuridad y completo silencio, sin más que el resollar y aun el roncar de algún compañero; una noche de extraños ensueños. Yo llegué á soñar que estaba despierto.

Amaneció una mañana espléndida, pura, lavada, y después de tomar manzanilla y despedirnos de la pastora, emprendimos la ascensión á la cabeza del Aitzgorri. El sol doraba á lo lejos las alturas, y por el pedregoso y zigzagante sendero se nos iba abriendo el pecho al aire virginal de la mañana montañesa.

Por fin, en lo alto, en la cresta, en el balconillo de la ermita de la Cruz, dando vista de águila á los valles de Guipúzcoa de un lado, á la llanada de Alava y á las cimas de Navarra y La Rioja, por el otro. Allá, á lo lejos, sobre los lagos de nieblas, otras crestas á que otras veces hemos subido. Ibamos reconociendo nuestros viejos conocidos, los gigantes de la tierra vasca: Gorbea, Oiz, Ganecogorta, Izarraitz y otros. Allí se alzan el Hirnio, donde decían que los cántabros—en un tiempo se identificó á los cántabros con los vascos—crucificados morían cantando himnos á sus dioses. Allí abajo, en la hondonada, entre los repliegues del regazo del gigante, yace lejana la cuna de Zumalacárregui, y donde sus restos mortales

aguardan la última batalla. Todo el contorno, todas estas fragosidades parecen guardar el alma del inmortal guerrillero, del heroico zorro. Tal vez desde estas mismas alturas escuchó alguna vez, con mirada de águila zorruna, los mil repliegues del terreno, meditando la caza del hombre. Luchar fué su destino. ¿Por qué? Ni él mismo acaso se preguntó por qué.

Aquí abajo, en la campa, están los pastores: pastores, y si se terciá contrabandistas. De ellos pudieron salir los cazadores, y de los cazadores los guerrilleros. Los guerrilleros ágiles, de planta tan ligera como segura, de marcha de zorro. Agilidad, agilidad sobre todo, y vista rápida y segura. Saber dónde se pisa y pisar firme y pronto. Son los que cerraron el paso en Roncesvalles á Carlomagno, los que derrotaron á Roldán; son los que estuvieron á punto de copar á Massena; son los que, en dos guerras durante el pasado siglo, tuvieron en jaque á los pesados ejércitos nacionales. ¿Por qué? En el fondo por luchar. El zorro, como la cabra, tira al monte. Es la libertad, pero la libertad pura, primitiva, sin programa, sin bandera, sin himno; es la libertad del aire de las cumbres; es la vida, es el libre juego de los músculos, del pecho, de la mirada. ¿Quién en estas alturas no se siente guerrillero, al ver á los pies el magnífico ajedrez de los valles y las montañas?

Por allá abajo, por el fondo, se veía un trozo de vía férrea entre dos túneles. Y vimos pasar un tren, un tren ridículo, que parecía de juguete; un par de cajoncitos en que iban encerrados unos cuantos hombres. Luego supi-

mos, al bajar, que en aquel tren había pasado á nuestros pies su majestad el rey de España.

Con el mapa en la mano contábamos y reconocíamos, hacia la otra ladera, los pueblecitos de la llanada de Alava. Vitoria no se había despertado aún de bajo el edredón de la niebla.

A lo lejos, en el fondo, la sierra—una verdadera sierra dentada—de los Pirineos; más allá se tendía, fuera del alcance de nuestra vista, Francia. Y á la vez que de los valles iban subiendo las nieblas y velándonoslos, iban subiendo también en mi espíritu las nieblas de la Historia, recuerdos vagorosos, desgarrados, de cosas que pasaron antes que yo fuese.

Y allí abajo, en los verdes repliegues de donde suben á confundirse con las nieblas los humos de los hogares y los de las fábricas, el presente cotidiano, la realidad eterna, la substancia de la Historia, el lago de donde surgen sus neblinas y sus nubarrones. De esa realidad humilde, cotidiana, verde, húmeda, se alzan las nubes que á las veces revientan en tormentas desde lo alto. ¿Son estos pacíficos montañeses los que sostuvieron dos guerras civiles en el pasado siglo?

Oigo subir de lo hondo, del abismo verde en que penan los hombres, un ladrido, y me acuerdo del ladrido del perro de Ibañeta, el que anunció al pastor de Altobiscar la presencia de las huestes de Carlomagno. Y el pastor contó los guerreros franceses, uno, dos, tres, cuatro... y sonó la trompa de Roldán, y rodaron peñascos desde las crestas, y pereció el ejército, y volvió el pastor á contarlos: mil, cien, veinte, cuatro, tres, dos, uno, ¡ni uno! Y siglos después, desde estas mismas alturas

en que yo soñaba la Historia y la Leyenda, desde este mismo macizo de Aitzgorri avizoró el zorro Zumalacárregui las huestes de Napoleón para caer sobre ellas. Y así se hizo, al lado de Jáuregui, el guerrillero.

Había que bajar y emprendimos la bajada, una bajada penosísima, por un sendero escabroso de cantos sueltos. El nombre Aitzgorri dice, á primera impresión, en vascuence vulgar y corriente, «peña roja»; pues «aitz» es peña y «gorri» roja; pero hay quienes quieren que en este y otros casos—como el de Arrigorriaga—, «gorri» quiere decir desnudo ó desollado. En este caso sería Peña Desnuda ó Desollada. Y así es de hecho.

Y bajamos por la peña, entre matorrales, cayendo alguna vez. Sólo el guía, un pastor ágil, pisaba con pisada firme, sin hacer ruido. Iba calzado de abarcas y parecía coger los cantos con los pies, como con manos. Era una pisada zorruna también, de contrabandista.

De cuando en cuando volvía yo la vista atrás y arriba, á ver lo bajado y á añorar la altura. A mitad del descanso almorzamos en un puesto de migueletes, junto á San Adrián, en un túnel natural por donde atraviesa el sendero. Y al cabo, cruzando haedos, fuimos á dar á Otzaurte, á una prosaica y antipática estación de ferrocarril. A nuestras espaldas se alzaba, majestuosa y solemne, la cresta del Aitzgorri, como la pelada cabeza de un buitre gigantesco; su cuello erizado del hirsuto plumaje de las hayas. ¡Nobles montañas de mi tierra, madres de pastores y de guerrilleros!

En Otzaurte, después de una siesta al pie de una haya, viendo desfilas las blancas nubes

entre el verde follaje y el azul del cielo, tomamos el tren á Huarte Araquil, donde emprendimos al punto la subida á San Miguel de Excelsis. Pero de esta otra aventura, muy distinta de la que acabo de contaros, quiero hacerlo también, pero aparte y despacio. Ya que tanto os sermoneo desde mi rincón académico de Salamanca, no os parecerá mal que alguna vez dé suelta á las sugerencias de estas libres escapadas por los valles y cumbres de mi tierra. ¿Quién sabe si dentro de este rector universitario enjaulado en Salamanca, si dentro de este hosco predicador, no se revuelve prisionero el libre zorro cazador? Lo que ellos, mis nobles antepasados, hacían con la honda ó el fusil, ¿no lo hago yo con la pluma? Eso que llaman mis paradojas, ¿qué son? ¿Que me echen, que me echen encima las huestes de Carlomagno ó las de Napoleón! También yo tengo mi frágil Altobiscar, mi Aitzgorri pedregoso, mis crestas de águilas, mis madrigueras de zorros.

Bilbao, Setiembre 1909.

SAN MIGUEL DE EXCELSIS

El mismo día que bajamos de la cumbre de Aitzgorri emprendimos, ya anochecido, la subida á San Miguel de Excelsis, en el Aralar. Acabábamos de visitar el santuario de Guipúzcoa, Nuestra Señora de Aránzazu; íbamos á visitar ahora el de Navarra.

Abusando un poco del ingenio, ó más bien de la ingeniosidad, podría hacerse un cotejo entre Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra—que, con Alava, forman el país vasco español—sin más que cotejar sus tres respectivos más venerables santuarios: Nuestra Señora de Begoña, Nuestra Señora de Aránzazu y San Miguel de Excelsis. Begoña en una blanda y riente loma, donde recoge todo el sol que se filtra por las nubes y las lloviznas ó irradia en los claros, al pie de una cordillera pelada y suave, dando vista á Bilbao y á su ría, contemplando á lo lejos los humos de las fábricas y oliendo aire de mar; Aránzazu, en un hosco repliegue, húmedo y escarpado, entre verdura, en un rincón monástico y eremítico, sin fisonomía ni perfil, y San Miguel de Excelsis, en fin, un arcángel belicoso y no una virgen madre, en lo alto de

un peñasco, á todos vientos y todos soles, sobre el abierto valle de la Barranca. Y los tres santuarios centros de operaciones guerreras en nuestras contiendas civiles.

Cuando se estaba poniendo el sol, á las siete de la tarde, tratábamos en Huarte Araquil de subir á San Miguel. Todo era ponernos dificultades. Llegáramos tarde, á noche cerrada ya, y á esas horas no se abría á nadie; los perros cerberos del santuario andarían ya sueltos; á tales que llegaron una vez á esas horas los dejaron fuera, en un cobertizo, echándoles vino y pan por una ventana. El régimen era severísimo: así lo había mantenido D. Miguel, el celoso guardador de las tradiciones del santuario. Todo esto nos lo decía con voz melosa y en tono compungido una especie de mandadero, hombre ambiguo, entre laico y eclesiástico. ¿Por qué no habíamos de esperar? Subiríamos á la mañana siguiente, muy de mañana, para llegar á la misa y á la adoración. Le hicimos consultase por teléfono al santuario, y después de un rato—necesitaron arriba celebrar consejo—se le respondió que podíamos subir siempre que fuese con él, con aquella especie de mandadero.

Emprendimos la subida ya tarde, con el mandadero por guía. Y éste iba aleccionándonos, ponderando lo extraordinario de la concesión, citando á menudo, y con reverencia siempre, á D. Miguel. A D. Miguel y á los dos perros, á los dos terribles perros que guardaban por la noche el santuario. Toda precaución era poca. Y nos hablaba una y otra vez del robo: de cuando robaron la santa imagen. Después resultó que el tal robo había ocurrido

á fines del siglo XVII. Y nos hablaba de ello como de cosa de ayer. Por estas felices gentes no pasa el tiempo.

La subida es penosa: el camino, en continuos rezagos, pedregoso y áspero. Parece ser que la Diputación de Navarra ha querido hacer carretera, pero D. Miguel, el gran D. Miguel, se opuso. Cuanto más áspero y escabroso el camino, más mérito el de la romería y peregrinación. Aquello es un santuario, no un lugar de recreo y moda, y había que conservarlo immaculado. El que allá sube, debe ser por penitencia ú ofrenda. No se sirve café allá arriba, nos explicaba el mandadero; D. Miguel se opuso siempre á esa mundanidad: chocolate conventual y aguardiente belicoso. El que quiere café, lo lleva y se lo toma en su cuarto.

Tampoco se está arriba más de nueve días, los precisos para hacer una novena. ¡Cuán lejos estábamos de Lourdes!

El mandadero, con su voz melosa y su compungido acento, seguía ponderándonos la férrea disciplina del santuario mientras subíamos á la luz de la luna, que á trechos se nos filtraba por entre el follaje de las hayas. Para inspirarle confianza empecé á hablarle en vascuence, y al punto cobró ánimo y me preguntó por nuestro grado, es decir, por nuestras profesiones. A ratos oíamos al buho romper el silencio nocturno de la montaña.

Desde abajo, en el limpio ambiente de la tarde, nos había parecido estar el santuario á la mano, pero tardamos en subir dos horas y media. Cerca ya de él, cuando su sombra emergía de las sombras de la noche, oímos ladrar á los perros de San Miguel y de don

Miguel. Cuando llamó á la puerta el mandadero, arreciaron los ladridos. Luego, voces de mujeres que sujetaban á los perros. Eran las diaconisas del santuario, criadas como los perros á los pechos de D. Miguel, que domeñaban á los cerberos. Por fin nos abrieron, y por saludo, una mujer recia, de anchas espaldas, nos reprendió en vascuence diciéndonos: «¡Qué compromiso! ¡Qué compromiso! ¡Vaya unas horas de venir!» Pero entramos.

Una hospedería de aspecto conventual, pero confortable, sencilla, limpia. Los devotos y devotas estaban acabando de cenar, presididos por el cura, substituto del ministro ausente. El ministro, que es quien rige aquello, es un sacerdote elegido y nombrado por el muy ilustre señor chantre de la catedral de Pamplona, patrono del santuario. A él rinde cuentas la criada mayor, á cuyo cargo corre la parte material del hospedaje.

Excelentes camas, mullidas y limpias, proporcionaron descanso á nuestros cuerpos rendidos de la ascensión á Aitzgorri y al Aralar.

El que de vosotros, lectores, haya leído la famosa novela de Navarro Villoslada *Amaya ó los vascos en el siglo VIII*, recordará la leyenda—ó historia— de D. Teodosio de Goñi.

Fué D. Teodosio de Goñi, según viejas tradiciones cuentan, señor del valle de Goñi, en Navarra, allá á principios del siglo VIII. Varón de pro en la guerra y en los consejos de aquel tiempo en que Navarra se disponía á surgir como reino independiente. En 707 abandonó por la guerra su hogar, dejando en éste, es de suponer que desconsolada, á su mujer doña Constanza de Butrón y de Viandra. Vol-

viendo D. Teodosio á su casa de una de sus expediciones, dirigióse por el camino de Val de Ollo al de Goñi, y en este camino de Errotabide—que vale tanto en vascuence como camino del molino—presentósele un ermitaño que con misterioso acento le denunció que su esposa doña Constanza faltaba á la ley conyugal, y con un criado de la casa. Figuraos la tempestad que tal noticia levantaría en el ánimo de un caballero navarro del siglo VIII. ¡Del siglo VIII y navarro! El ermitaño, acaso os lo habréis figurado ya, no era otro que el mismísimo demonio, que lo mismo en el siglo VIII que en el XX acostumbra disfrazarse de ermitaño. Corrió D. Teodosio á su casa, penetró en ella á obscuras, llegó hasta el lecho nupcial, lo palpó, tocó dos cuerpos humanos, de hombre el uno y el otro de mujer; empuñó la espada, la descargó sobre ellos y les hizo el sueño eterno y sangriento. Después de esta bárbara justicia salióse y próximo á la iglesia se encuentra con doña Constanza, con su mujer, que cree enloquecer de alegría al verle y le tiende los brazos. Este encuentro desata la cándida retórica del P. Burgui, narrador del suceso. Inquiérese D. Teodosio de su mujer con ansia y entérase de que ella había recogido en su casa á los ancianos padres del marido y los había hecho acostarse en el lecho conyugal de su propio hijo. ¿No es esto una tragedia griega?

El desdichado parricida acudió, por consejo del abad de Goñi, al obispo de Pamplona San Marciano ó San Marcial—el obispo de Pamplona era entonces santo, aunque no sabemos si el clero le dejaba ó no vivir en paz, como